

Límites de la sinrazón

Araceli Damián*

Trágica fue la semana pasada, no sólo por las incesantes noticias sobre los asesinatos cometidos por el narcotráfico en contra de familias, adolescentes y niños, sino también por la pérdida de dos grandes dramaturgos e intelectuales mexicanos, Alejandro Aura y Víctor Hugo Rascón Banda. Ambos son irremplazables, ya que como pocos su trabajo estuvo enfocado a concientizar a nuestra sociedad, mostrando de manera magistral los problemas que la aqueja: la injusticia, la violación de derechos, la desigualdad, la corrupción, el abuso de los poderosos, etc.

Su muerte ocurre ahora cuando se conmemoran los cuarenta años del movimiento estudiantil de 1968. Como hace cuarenta años el país sede de las Olimpiadas, ahora China y en aquel entonces México, enfrenta diversos movimientos de resistencia civil (sobre todo desde el Tíbet) y el gobierno Chino, como lo fue el de Díaz Ordaz, es represivo y autoritario.

Las Olimpiadas supuestamente son una de las máximas expresiones de la magnificencia humanas, no sólo por mostrar el perfeccionamiento físico-deportivo al que el ser humano puede llegar, sino porque supone el reconocimiento de las diferencias del otro (todos los que ganan reciben medalla, sin importar raza, religión o convicción política) y la cordialidad entre la comunidad internacional. Pero como en 1968 a la comunidad internacional poco le importó que un evento de esta naturaleza tuviera su asiento en un lugar en el que los derechos humanos son pisoteados. Bueno, qué se puede decir de la Olimpiadas cuando se recuerda que éstas se llevaron a cabo también en la Alemania nazi.

Pero además de la coincidencia anterior, resalta también la similitud entre el discurso oficial en torno al movimiento estudiantil en México 68 (incluyo aquí al que se manejaba en los medios masivos de comunicación alineados al gobierno), con el que se utiliza ahora contra cualquier manifestación de disenso. Los estudiantes eran calificados como unos vándalos intransigentes que “sólo deseaban perturbar la paz social”. Ahora, todo aquel que no está de acuerdo con

los mandatos del poder (privatización de PEMEX, manifestaciones en contra del fraude electoral, etc.) se les califica igual.

La esperanza renace cuando reconocemos la valentía de los jóvenes del movimiento del 68 (entre los que se contaba Alejandro Aura). Gracias a ellos se conservó la autonomía universitaria y se inició un cambio radical en la forma de hacer política en este país. Muchos de nosotros somos usufructuarios de la lucha estudiantil. Sin embargo, los frutos obtenidos en ese entonces comienzan a mostrar signos de putrefacción. Cabe aclarar que ello se debe no a que los principios que enarbolaron su lucha hayan dejado de ser vigentes, sino porque socialmente no hemos logrado la tan esperada transformación social.

En la década de los ochenta se decía que si bien la economía caía en picada (por la crisis de la deuda), había visos de mayor democracia, y que tarde o temprano se lograría el derrocamiento del régimen autoritario priísta que, por cierto, inició su vida con principios revolucionarios, pero se ahogó en su propio egoísmo, en sus errores y en su corrupción.

También por estas fechas se cumplen dos décadas del fraude electoral de 1988. Para quienes creyeron en la democracia fue un duro golpe, pero se argumentó que todavía no era hora de que ésta reinara en el país, menos si quien disputa el poder tiene un abierto discurso a favor de quienes menos tienen.

La tan anhelada victoria democrática llegó, supuestamente, en el 2000. Pero nada, los problemas no solo persisten, sino que se han agudizado. El cinismo de políticos y de gobernantes no tiene límites. El atraso institucional es lacerante, como lo es también la desigualdad.

El discurso del poder es esquizofrénico: insiste en el atraso económico en el que estamos, pero no hace nada por mejorar la calidad de la educación y continúa con la política de embudo para quienes aspiran a estudiar una carrera profesional. Menos del 10% de los aspirantes a la universidad fueron aceptados. Lo anterior significó matar las esperanzas de 152 mil jóvenes. Parecería ser que el movimiento del 68 quedó fuertemente marcado en la conciencia de quienes tienen el poder: no desean ser pensantes, sino mano de obra dispuesta a servir. Masificar aún más la universidad se ve como un peligro potencial a la "paz social".

El gobierno habla de una lucha sin cuartel en contra del narcotráfico sin importar el número de bajas. Pero, ¿por qué el narcotráfico ha encontrado disponibilidad tan abundante de carne de cañón? ¿cuántos jóvenes están ahí ante la falta de alternativas de vida digna? El fantasma de la inflación hace que el gobierno en lugar de elevar los salarios, considere “más efectivo” gastar en armas, en policía y en el ejército, sin importarle las vidas que sacrifica en pos de una lucha que sabe perdida.

Pero como en el 68, ahora en el 2008 muchos vivirán bajo el embrujo Olímpico. No obstante, la mayoría seguirá padeciendo los estragos de vivir en una sociedad que está llegando a los límites de la sinrazón.

*El Colegio de México, adamian@colmex.mx